

# GALICIA

## Sorpresas electorales

Cuando escribimos esta crónica, aún con cierta anticipación al conocimiento de datos definitivos, que aún tardarán algún tiempo en confirmarse, los resultados electorales en Galicia parecen establecer como una cierta paradógica coincidencia en síntomas contrarios que han sorprendido a muchos y acaso deberá obligar, a otros, a someterse a una cierta cura de modestia, ante la previa obtención de fuerzas que se decían precisamente democráticas y que ahora las urnas se han encargado de desmentir en su representatividad.

Las coincidencias paradógicas anteriormente aludidas están, por una parte, en que siendo Galicia, una vez más, una de las regiones españolas donde el índice de abstencionismo electoral acusó más elevado porcentaje, este hecho, que parece tan exclusivamente conservador, se sincroniza con el propio resultado de las elecciones, en una región donde, pese a tan poco entusiasta participación numérica, el voto ha sido clamorosamente mayoritario hacia lo que podríamos llamar moderación del centro, desviándose así de la tendencia más bien contraria de otras regiones cuya problemática ante cuestiones como la autonomía, federalismo y demás afanes descentralizadores se concreta en la últimamente usada expresión de antisucursalismo.

Podría esperarse que estas inclinaciones más o menos radicalizadas hacia la autogestión tuvieran un cierto exponente en las urnas, a juzgar y deducir por las actuaciones últimas que, al amparo de la tolerancia nueva de una libertad durante tantos años reprimida, han tenido movimientos y oposiciones-protesta o incluso violencia frente a una autoridad central a la que se ponía como protagonista de todas las carencias, todos los atrasos y todo el evidente subdesarrollo del país. Y se identificaba todo ello con un enfrentamiento a los esfuerzos de transformación industrial, sobre el supuesto de que nacían de una voracidad capitalista, ajena a los propios intereses del país gallego, al que se presentaba como víctima de unos monopolios que, en busca de su exclusivo dividiendo, pretendían hacer de Galicia algo así como el basurero de España... Sobre esta argumentación, tan claramente discutible en una geografía cuyos habitantes han necesitado recurrir a esos otros basureros de Europa, que son sus ciudades más industrializadas y prósperas, desde Bruselas a Zurich y desde Barcelona a Hamburgo, incidentes como el de As Encrobas y la plaza de Baldayo, la marcha de oposición a la central nuclear de Chova y la larga campaña contra la instalación de fábricas de celulosa, han parecido definir una actitud consecuente a una fuerza numérica de gallegos que ahora, que es cuando «o povo xa salou», según ellos reclamaban en legítima impaciencia por la democracia, se han encontrado desasistidos del indispensable calor popular como para conseguir llevar a la Cámara de Diputados o al Senado a algunos de los candidatos que representaban los partidos o coaliciones que protagonizaban estas tendencias y actitudes.

Hay quien, por el contrario, estima que ha sido precisamente esta contu-

macla obstruccionista, que ha llegado a hacer posible, incluso, la paralización de una obra tan perentoria como la autopista en construcción para enlazar el mal comunicado sur con el norte de la región, lo que ha movlizado el masivo voto contrario, de unas gentes aburridas de ver pasar todos los trenes del desarrollo industrial sin que ninguno llegue a detenerse por el partidismo más o menos sectario, contraproducente e incluso suicida de algunos grupos políticos que argumentaban que nada podía o debería hacerse en Galicia en este aspecto de desarrollo y promoción industrial si antes no surgía una coyuntura regionalista que planificara las inversiones y los planes de acuerdo con su propia programación al respecto.

Es decir, que detrás de todo este ruido había tan escaso personal como el que acaban de demostrar las urnas y que el mismo, acaso, tan sólo ha servido para colmar la paciencia de la gente, a la espera de que se logren cosas en una tierra donde casi todo está por hacer y donde todo es posible que se haga. La abstención inicialmente aludida hay que cargarla en otro haber que en el de la tónica apatía gallega. En el haber, por ejemplo, de la dispersión geográfica, de la lejanía de aldeas y lugares y también de la desconfianza natural en unas gentes con ilusiones muy empachadas por las frustraciones.

El caso es que Galicia, mostrándose conservadora, aunque no inmovilista, ha sido una sorpresa electoral para algunos, que creían que el ruido era un síntoma de cantidad, e incluso de calidad, que ahora los votos se han encargado de desmentir en forma muy auténtica y significativa.

Luis CAPARROS  
(La Coruña.)

